

pedro tedde de lorca

Nació en Málaga el 5 de abril de 1944. Economista. En la actualidad es profesor de Historia de la Economía en la Universidad de Madrid. Tiene publicado un libro de poemas en la colección "El Guadalhorce" titulado **Preludio y fuga** y un libro en preparación llamado **Las tabernas**. Colaboró como poeta en otros números de "Litoral". Hoy nos envía este relato inédito.

el salvador

La sensación predominante en Gabriel González era la de incomodidad al estar cerca de aquellos rostros, algunos tan pálidos como el suyo, que pronto, inevitablemente, se unirían a su destino con más fuerza que cualquier otra cosa de las que habían pasado por su vida. Sabía Gabriel González que nada más que una presencia ocasional le ligaba a los porteros uniformados de gala, a los guardias de experta mirada vigilante, a las decenas de curiosos o entusiastas, si es que a aquellas alturas aún quedaban entusiastas del General en alguna parte del país. Y, sin embargo, los actos que en seguida iba a llevar a cabo y que perdurarían más allá de su presentido próximo fin no podían prescindir de aquellas personas ni de aquel escenario: la cuadrada plazoleta de edificios regulares, la blanca fachada del Teatro, adornada para la ocasión con guirnaldas y bandoleras, la sombra temprana del anochecer cerniéndose sobre los ataridos expectantes.

Hasta entonces todo había ocurrido con insólita facilidad. Lentamente hizo su camino por penumbrosas y empinadas calles desde la redacción del periódico hasta el Teatro. Llegado a éste, pudo ver, desde el exterior, los iluminados vestíbulos, una

atmósfera que se adivinaba confortable en la que desenvueltos hombres y mujeres con vestidos de etiqueta charlaban ajenos a los que, como el propio Gabriel González, pero por muy diferentes motivos, esperaban fuera la llegada del General. Eligió un lugar que presumía favorable, a prudente distancia de las lechosas farolas, pero no demasiado lejos de los grupos que medio llenaban la plazoleta. Palpó una vez más en el bolsillo, y quizá era ése el único gesto que revelara desasosiego, el cuchillo envuelto en paños. Por lo demás, su flaca figura deformada por el gabán y el sombrero, en poco se distinguía de los que se congregaban a uno y otro lado de la estrecha alfombra escarlata conducente a la puerta principal del Teatro. Como los otros, también Gabriel González pateaba el suelo y frotaba sus largos brazos; era por frío, no por impaciencia que lo hacía.

Quien buscara señal de odio en sus ojos no la iba a encontrar, quizá porque no era el odio su hábito, como lo había sido de su madre y su hermano, ejercicio en el cual trataron de adiestrarlo en vano cuando muchacho, y al que más tarde complementó el desprecio por su invariable mansedumbre. Ahora su hermano estaba lejos, desterrado, y su madre, aunque no dejaba de odiar, lo hacía en silencio, demasiado vieja para otra cosa. Sólo algunas palabras ininteligibles denunciaban, de cuando en cuando, un antiguo tono de rencor, venganza insatisfecha y despecho por el desapasionamiento de su hijo menor. Pero Gabriel González, quien había aceptado, hacía mucho tiempo, la evidencia de su insuperable cobardía, estaba acostumbrado al desdén y lo justificaba. Lo había asumido muy joven, casi de niño, cuando eludía las miradas de los amigos de su padre, que se obstinaban en repetir la historia de su activismo revolucionario y de su indigna muerte en un paraje próximo a la redacción del periódico en el cual, como más tarde harían sus hijos, trabajaba. Una y otra vez insistían aquellos enfervorizados hombres en el relato de las detonaciones, su común zozobra, el hallazgo del cadáver acribillado por la espalda, suceso que se unía a una serie de oscuras muertes dictadas desde el poder. Pero nada consiguieron los veteranos revolucionarios a la hora de excitar su afán de lucha; el adolescente Gabriel González (y el hecho era aún más infamante por llevar el hijo el mismo nombre del padre) asentía balbuciente, con más lamento que furia, a la narración del asesinato. Se habituó a conformarse con un

lugar secundario en una familia que no lo quería y en un taller donde se imprimían palabras de rebelión que sus labios jamás llegaron a pronunciar.

Gabriel González miró —era sólo la segunda vez que lo hacía desde que llegó a la plaza— la iluminada esfera del reloj en el frontispicio del Teatro. La función, que inauguraba la temporada lírica, debía haber comenzado a las ocho y media; se retrasaba ya en veinte minutos, a la espera de que el General llegase. Nuevamente confirmó su falta de inquietud Gabriel González; sabía que en cuanto asomara el carruaje por la esquina de las Adoratrices debería deshacer disimuladamente el paquete del cuchillo. Sabía también que no podría vacilar al asaltar al viejo General, cuando éste, posiblemente con trabajo, por sus años y su obesidad, descendiera de la brillante berlina. Sabía, en fin, que era con fuerza como debía clavar el cuchillo en el amplio tórax rojo, apenas entrevista la cara congestionada, las relucientes condecoraciones. Había desechado otras armas porque le resultaban demasiado extrañas; también porque pensaba que el cuchillo se acordaba mejor a una **venganza aplazada** treinta y cinco años, o quizá sólo quince días.

Hacía dos semanas justas que el caballo enfurecido de un guardia había **derribado, casualmente** cerca del lugar donde muriera el padre de Gabriel González, a Elena. El accidente, que lo fue, puesto que nada tenía que ver aquella pobre muchacha con la protesta hacia el gobierno del General, no significaba únicamente para Gabriel González un nuevo sufrimiento en un ser querido. Sobre todo, era la desaparición de la única persona que lo llevó fuera de un ambiente que él había creído definitivo en su vida. Primero le tuvo agradecimiento a Elena por su cariño, que para Gabriel González era inexplicable. Después aprendió a amar, y desear, los ojos grandes y seguros, la figura pequeña y sosegada, su compañía de pocas palabras. Ahora, aquella promesa de paz compartida se había precipitado en una dolorosa inmovilidad, en la inconsciencia que postraba, seguramente para siempre, a Elena en un lecho, luego de que una nueva **oleada** partida del despotismo (ahora sí intolerable, ahora sí que **anhelaba** su destrucción) **barriera** la existencia de ambos.

El movimiento de la rala muchedumbre, a su alrededor, le avisó el pronto desenlace. Nuevamente comprobó la fluencia de los hechos que había previsto. Ya tenía el cuchillo desnudo en

la mano, aún en el bolsillo. Ya se detenía el carruaje, envuelto por las aclamaciones de los que lo esperaban. Un lacayo abría la portezuela; unos pocos oficiales, a distancia de respeto, aguardaban el descenso de la voluminosa figura que, torpe, se insinuaba en la sombra del coche. Gabriel González se escuchó a sí mismo gritar, más que por furia por alegría al abandonar su miserable silencio. Al mismo tiempo sintió dolor, como un fuego por la espalda. Cayó al suelo y quiso mirar a quien le había atacado: pero los guardias no iban contra él, se ocupaban en sujetar a un joven desesperado que aún empuñaba un revólver. Vio también la detestada persona del General, sus ojos enrojecidos por la turbación y el miedo que contemplaban, primero, al detenido, y luego al derribado; sus labios seniles, cercados de saliva, que se movían dificultosamente y le decían a él, Gabriel González agonizante, sin dejar de mirarle un instante, cuánto le agradecía haberle salvado la vida.